
Breve mapa de islas comparadas

Andrés Sánchez Robayna

O que as ilhas têm de mais belo e as completa é a ilha que está em frente.

RAUL BRANDÃO

Como casi todos los conceptos basados en una realidad física, el de *insularidad* parece tener fácil definición, pero muy pronto se advierte la especial complejidad de una noción que abarca realidades y dimensiones muy diversas. No ensayaré aquí una definición, por supuesto («¿Qué necesidad hay de definir?»), pero sí parece oportuno detenerse, siquiera sea brevemente –mínimo exordio teórico– en un par de aspectos que ponen de manifiesto el dinamismo semántico de ese concepto.

Sabemos que el término *insularidad* o *insularismo* nace en el siglo XIX en el campo de los estudios naturalistas de la flora y de la fauna. De entonces a hoy, la palabra ha viajado de las ciencias naturales a las ciencias humanas y a otros campos del saber y de la vida social para enriquecerse hasta extremos imprevisibles y ganar

un espesor semántico o una polivalencia que la va complicando o diversificando cada vez más, y haciendo de su historia un pequeño laberinto de significados en ocasiones contradictorios. El *carácter insular* de un territorio posee en la actualidad un valor o una significación diferente según sea el hablante y la perspectiva que utilice, o la disciplina en la que se inscriba su discurso.

Lo que en un principio, en efecto, designaba una realidad física y unas condiciones naturales determinadas, se ha vuelto hoy un término que posee valores y significados contrapuestos. Basten algunos ejemplos: los economistas y los políticos, cuyo influjo en la circulación de concretos giros lingüísticos en el seno de la sociedad actual nadie pone en duda, no se cansan de aludir al «coste de la insularidad» para referirse a los gastos suplementarios, a veces muy considerables, que generan la lejanía y la discontinuidad territorial de las islas. He aquí un valor negativo, un valor que no existía en la pura descripción de hechos físicos en que consistía para los científicos del XIX la realidad insular. Ningún valor negativo, en cambio (más bien todo lo contrario), encierra la idea de insularidad para los historiadores de la literatura interesados en la evolución de algunas formas y modalidades literarias: Ramón Menéndez Pidal, por ejemplo, señaló en su día el rasgo de la «pureza arcaizante» de los romances recogidos en Canarias frente a su versión peninsular, más evolucionada, un rasgo que permitía, precisamente, conocer mejor su historia; ese fenómeno, ya sospechado por Menéndez Pelayo en 1899, es el mismo que cabía observar en Mallorca respecto a la lengua catalana y en Madeira y Azores respecto a la lengua portuguesa. No menos interés –digamos de paso– tiene un concepto conexo, el de *insularización*, es decir, la *adaptación insular* de las formas literarias tradicionales: en los romances y canciones de Canarias, a menudo los ríos pasan a ser barrancos, los caballeros se vuelven marineros, etcétera. Sin abandonar el ámbito literario, nótese la fluctuación axiológica de la noción de insularismo cuando

éste es percibido como una realidad que ha de combatirse y superarse: hace unos años, los editores de un número especial de la revista *Foro Hispánico* dedicado a las letras puertorriqueñas titularon el monográfico «Para romper con el insularismo», subrayando así la negatividad de una categoría cultural (asociada a *aislamiento*) con la que ha de romperse. En la misma línea se pronunciaba, en fechas todavía recientes, el historiador y crítico literario sueco Horace Engdahl, al hablar de la literatura norteamericana de hoy como una literatura demasiado «insular», en el sentido de que peca, a su juicio, de autosuficiencia y no traduce o no se interesa por lo que se escribe en otras partes del mundo. Rotaciones, traslaciones, derivas semánticas de un concepto marcado por el dinamismo y que hoy aparece cargado de valores muy diversos.

Desde las islas por las que viaja Ulises en la *Odisea* homérica hasta *La isla*, de Aldous Huxley, pasando por *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, *La isla del tesoro*, de R. L. Stevenson, *La isla misteriosa*, de Jules Verne, o *La isla del Dr. Moreau*, de H. G. Wells, la imaginación occidental no se ha cansado de elevar la realidad de las islas a la categoría de un poderoso emblema mítico y utópico, del que un libro como *Viernes o los limbos del Pacífico*, de Michel Tournier, es uno de sus más bellos ejemplos recientes. Son ya numerosos los estudios que se han consagrado a las islas desde ese preciso punto de vista, y que incluyen monografías tan atrayentes como la coordinada por J.-M. Racaud, *L'Insularité: thématique et représentations* (1994), o *Utopische Inseln: Beiträge zu ihrer Geschichte und Theorie*, de Horst Albert Glaser (1996). Es difícil, sin embargo, condensar en una monografía, por amplia que ésta sea, los muy distintos niveles de significación y de formalización simbólica que las islas han alcanzado a lo largo de la historia. Esos niveles siguen enriqueciéndose en el presente, y un simple inventario de los títulos y los autores que abordan el tema de la isla y de la insularidad en la literatura contemporánea (no digamos en otras artes y disciplinas) sor-

prendería por su extensión y por la diversidad de sus enfoques y planteamientos artísticos.

Islas reales, utópicas, flotantes, imaginarias, desaparecidas (como Crisa), sin excluir las que aparecen por espejismo, o la isla de los muertos (Arnold Böcklin, 1880) y sus incontables ecos literarios (a veces también musicales, como la versión homónima de Rachmaninov en su poema sinfónico de 1908)... Islas que van de Indonesia a Delos, pasando por Inglaterra, Irlanda, Islandia, Creta, Japón, Groenlandia, Azores, Madagascar... La lista se vuelve abrumadora y se diría que también cualquier intento de ordenar los modos y formas que las islas adoptan para situarse en el centro mismo de la imaginación humana. Me han parecido siempre muy ilustrativos de la capacidad de la imagen de la isla para generar toda clase de estímulos en el espíritu humano los bellos versos que Emily Dickinson dedicó a la isla de Tenerife y a su volcán («Ah, Teneriffe!», poema número 666 de sus *Complete Poems*, en la edición de T. H. Johnson). Es sabido que la poetisa norteamericana, prácticamente recluida en su mansión familiar de Amherst, no visitó nunca las Canarias, de manera que su poema, cargado de imágenes de un preciosismo turbador, fue compuesto exclusivamente a partir de mapas y crónicas de viajes; fueron éstos los que despertaron su imaginación y los que la hicieron «viajar en la palabra», levantando en su espíritu un pequeño monumento a la naturaleza sagrada del volcán («Estoy arrodillada –todavía») en una lejana isla del Atlántico.

Las islas no han dejado nunca de ejercer una peculiar seducción en la literatura y en el arte. En los primeros tiempos de su exilio, María Zambrano, que por entonces empezaba a familiarizarse con las islas del Caribe, escribía que el papel de las islas es «el de ser imán que atrae a la imaginación hacia algo primario, no corrompido todavía, de la naturaleza humana. [...] Y de ahí que la isla sea siempre evasión, lugar en donde queremos recluirnos cuando el espectáculo del mundo en torno amenaza con borrar toda imagen de

nobleza humana; cuando nos sentimos próximos a la asfixia por falta de belleza y sobra de podredumbre de todas clases. Entonces –¿quién si no, alguna vez?– suspiramos por una isla» (*Isla de Puerto Rico. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor*, 1941). Tierra de la utopía o lugar del deseo, metáfora de la angustiosa soledad o, por el contrario, espacio paradisiaco, la isla, desde la Nova Insula Utopia, de Tomás Moro, hasta la no menos ficticia Pala, de Aldous Huxley, adopta numerosas formas, tantas como las formas mismas de la realidad, la razón, el deseo, la voluntad o el sueño.

Son cada día más numerosos los estudios que examinan la presencia y la significación de las islas tanto en la cultura del pasado como en la cultura contemporánea. Entre los «temas» que pueden ser considerados «concreciones antropológicas, e incluso gnoseológicas», al decir de Cesare Segre (*Notizie dalla crisi. Dove va la critica letteraria?*, 1993), pocos como el de la isla tan dotados de una continuidad histórica sin interrupciones y tan ricos en sus manifestaciones y variables formales y compositivas. No es extraño que Anna Trocchi, en su contribución acerca de los «Temas y mitos literarios» –es decir, la llamada, desde Paul Van Tieghem, «tematología»– al libro coordinado por Armando Gnisci *Introducción a la literatura comparada* (1999), mencione *la isla* como uno de los «espacios y escenarios característicos» de la tradición literaria, no menos importante que el jardín, la ciudad, etcétera, espacios todos de gran relevancia en la historia cultural de Occidente.

Es verdad que, como subrayan algunos críticos e historiadores literarios, los «temas» corren el peligro de quedar separados del conjunto o la unidad que constituye la obra literaria. Extraer de una obra determinada el tema *isla* y desgajarlo de la totalidad o de la realidad unitaria de la que forma parte –especialmente de la realidad formal o estética en que una obra toma cuerpo– es, en más de un sentido, desposeer a la obra de su integridad artística. Sin embargo, no se pretende aquí hacer tal cosa, sino sencillamente invi-

tar al lector a que disfrute de un pequeño grupo de poemas que, enlazados por un común elemento temático, ofrecen de éste una pluralidad de perspectivas. Ni que decirse tiene que esas perspectivas no son las únicas ni son propuestas como representativas de los contenidos o los valores principales que la isla como tema literario ofrece en el interior de nuestra cultura. He partido de los textos mismos, y son ellos los que dibujan de algún modo un pequeño mapa de *representaciones* y *signos* de la isla. Ni siquiera he intentado ordenar esas «polaridades básicas» de las que, para Claudio Guillén («Los temas: tematología», en su libro *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada*, 1985), habría que arrancar partiendo de investigaciones históricas a la hora de estudiar un tema literario concreto con profundo arraigo en el tiempo (Guillén se refería, por ejemplo, a un tema indisolublemente ligado a la isla como es el del mar, y aquellas «polaridades» también se hacen necesarias al hablar de la isla misma como *tema*). Se inserta éste, sin duda, en la serie de los temas de *longue durée*, y que para ser cabalmente comprendidos precisan de una cierta tipología histórica, en este caso desde Homero hasta, digamos, St.-John Perse o Derek Walcott. O hasta José Lezama Lima, para hablar de un poeta contemporáneo que tanto en su obra lírica («Noche insular: jardines invisibles» es un ejemplo excelso de ello) como en su obra crítica se ha interesado por lo que él mismo llamó el «mito de la insularidad».

Aunque no he dejado de tener presentes todas estas cuestiones –ineludibles cuando se trata de ofrecer un conjunto de textos cohesionados por un tema común–, es mucho más modesto el propósito que orienta estas páginas. Lo que aquí se encontrará ante todo, como ya ha quedado dicho, es una *invitación a la poesía* o, para ser más precisos, una invitación a disfrutar de algunas versiones o interpretaciones poéticas de un tema.

Invitado a mi vez por *Revista de Occidente* a seleccionar un puñado de textos poéticos sobre las islas y la insularidad, unos textos

que puedan servir como muestra del costado poético de un asunto monográfico abordado desde muy distintos ángulos –la realidad histórica, natural y cultural de las islas, en este caso–, me veo inevitablemente condicionado por el muy concreto formato al que estas páginas han de ceñirse, y que sólo permite ofrecer un número muy limitado de ejemplos. Pero, puestos a hacer de la necesidad virtud, y dada la extraordinaria abundancia de poemas dedicados a islas, o que tienen la isla como escenario, o como objeto de meditación, o como espacio, en fin, de celebración, la brevedad y la obligada condensación de la presente muestra –reducida tan sólo a doce ejemplos– vienen a estar en consonancia con la condensación que determina la esencia de la palabra poética misma. Por supuesto, son muchas las formas en que un poema o un pasaje literario determinado puede registrar la idea de insularidad; se ha optado aquí por aquellos que la abordan de manera más o menos directa o explícita, a veces ya desde su propio título. Aunque la selección podía haber tenido un más amplio marco o radio histórico, he escogido únicamente poemas del siglo XX, y de las estéticas más dispares, aquellas en cuya diversidad postsimbolista ha prolongado el poeta moderno su exploración de lo visible y lo invisible.

La selección comienza con el poema «La isla. Mar del Norte», de Rainer Maria Rilke (1875-1926), incluido en los *Nuevos poemas* (1907). El «espacio interior del mundo» que buscaba el autor de las *Elegías de Duino* es aquí el de una pequeña isla cuyo nombre no se nos dice y cuyos habitantes, solitarios, taciturnos, soñadores, sólo transitan por su propia alma; cada uno de ellos es una metáfora de la isla, y a la inversa. Es bien sabido el papel purificador de la experiencia de la soledad en Rilke. La isla, símbolo o emblema de la soledad, parece permanecer al margen del ritmo cósmico, parece seguir su propia órbita. Negros nubarrones amenazan su puerto. Los sonidos de la armónica tocada por un muchacho son un suave llanto. Rilke parece hablar aquí de la esencial soledad del ser hu-

mano y del más hondo y preciso espacio simbólico de la soledad en el devenir cósmico.

Bien distinto es el espacio insular al que nos acerca Saint-John Perse (1887-1975), nacido en el islote coralino caribeño de Saint-Léger-les-Feuilles, perteneciente al departamento francés de ultramar de Guadalupe. El poema escogido, «El muro», forma parte de una pequeña serie titulada «Imágenes para Crusoe» que, a su vez, se integra en el primer libro del autor, *Elogios*, publicado en 1911 y sin duda uno de los mejores libros del poeta. La isla de «El muro» es un *lugar del deseo*. No se trata tanto de una tierra exótica como de un mundo que parece recién nacido, una tierra genesiaca. No son raras en el poeta caribeño las alusiones a la «frescura» del mundo: manglares, mieles y alisios brotan al mismo tiempo que la mirada, la lengua y la piel que los perciben. He aquí tal vez la versión de la isla que más se ajusta al sentido de «espacio paradisiaco» del que habla Mario Tomé en su ensayo *La isla: utopía, inconsciente y aventura* (1987).

Aunque su importancia es sin duda reconocida por los especialistas e investigadores de la cultura literaria de *l'entre-deux-guerres*, la obra poética del suizo Blaise Cendrars (1887-1961) no ha llegado a alcanzar la difusión que merece. Esa importancia quedó claramente puesta de manifiesto en su tiempo a través del considerable influjo ejercido por su poesía tanto en Europa como en América. El poema «Islas» pertenece a las muy atrayentes *Hojas de ruta*, libro publicado en París en 1924 con dibujos de la pintora brasileña Tarsila do Amaral, y que describe un viaje en barco al Nuevo Continente. Más que una descripción, *Hojas de ruta* es un estallido de instantes y de formas, a veces «simultaneístas», de inolvidable intensidad. «Islas» es uno de esos momentos. Las islas desconocidas llaman al poeta como hermosas sirenas. El poema de Cendrars complementa, en cierto sentido, el de Perse: esas islas son las del misterio permanente y su imborrable seducción.

La isla, sin embargo, no es siempre un espacio físico: es o puede ser también una situación o un estado de espíritu. Me ha parecido de especial interés traer aquí esta variante de nuestro tema, que introduce en él una dimensión imprevista. Así se refería Giuseppe Ungaretti (1888-1970) a su poema «La isla», del libro *Sentimiento del tiempo* (1933): «El paisaje es el de Tivoli. ¿Por qué la isla? Porque es el punto donde me aílo, donde estoy solo; es un punto separado del resto del mundo, no porque lo esté en realidad, sino porque en mi estado de ánimo puedo separarme de él».

Hondamente física, en cambio, es la versión de la isla que nos ofrece Vitorino Nemésio (1901-1978), poeta, narrador y ensayista nacido en las Azores y cuya obra, de considerable relevancia, es todavía escasamente conocida en español. En su bello «Isla a lo lejos» se entrecruzan imágenes y símbolos de desolada lontananza bajo el signo de la isla-madre que la memoria es capaz de evocar por encima del tiempo incendiado. El peso y la presencia que en el poema de Nemésio tienen la distancia y el horizonte hacen pensar en una reflexión del caribeño Walcott en *El testamento de Arkansas*: «Haber amado un horizonte es insularidad».

La memoria interviene también de manera decisiva en el poema «En la isla», del siciliano Salvatore Quasimodo (1901-1968), un poema perteneciente a su último libro, *Dar y tener* (1966). La evocación de la región de Trabia, y más tarde de Solunto, vieja ciudad fenicia en la costa septentrional de Sicilia, tiene lugar bajo los estragos del tiempo, indisolublemente asociados a la infancia, como en el caso de Nemésio. El poema se convierte así en una meditación sobre el tiempo y su destrucción, a partir del recuerdo infantil y del homenaje a los centenares de manos anónimas de albañiles y constructores que dejaron su huella en la isla. La «muerta» Solunto es también la infancia muerta, objeto de una sorda elegía.

El poeta canario Pedro García Cabrera (1905-1981) elaboró todo un sistema de imágenes sobre la condición insular, muchas de

ellas marcadas por una poderosa imaginación metafórica que pasó por la influencia del surrealismo. En el poema seleccionado –sin título, perteneciente a su libro *Las islas en que vivo* (1971)–, García Cabrera ofrece una versión «política» de la condición insular. Al vincular la experiencia de la insularidad a las ideas de libertad y esperanza, el poeta, que había sufrido duramente las consecuencias de la dictadura de Franco, estaba pronunciándose una vez más contra los demonios de la historia colectiva.

El surrealismo tuvo también un peso considerable en la obra del cretense Odysseas Elytis (1911-1996). No una oda a la isla de Creta, sino a la vecina Santorini, es el poema que representa aquí a una de las voces contemporáneas más comprometidas con esa «interacción» de mar y tierra que es para el poeta griego una isla, una interacción que se ofrece de manera casi arquetípica en las islas del Egeo. Sobre ellas ha escrito Elytis muy bellas páginas: esas islas sintetizan para él el espíritu de la «helenidad». La cascada de expresivas imágenes que conforma la «Oda a Santorini», del libro *Orientaciones* (1940), no es la menos atractiva de esas páginas. El poeta no exalta el pasado o la historia, muy densos, de la isla (que la asocian a la hundida Atlántida, y que incluyen el fabuloso yacimiento arqueológico de Akrotiri), sino el papel creador de la geografía, en un poema que es al mismo tiempo, como el de García Cabrera, un canto a la libertad.

A causa de su prematuro fallecimiento, el mallorquín Bartomeu Rosselló-Pòrcel (1913-1938) no tuvo tiempo sino de escribir una obra poética breve. Obra intensa, sin embargo, y que contiene no pocos poemas memorables. Uno de ellos es este «A Mallorca, durante la guerra civil», evocación, en días de dolor, de la serena belleza de las montañas y arboledas de la isla natal. A la guerra fratricida opone Rosselló-Pòrcel un sosiego, una «isla» de paz, misteriosamente unida a la vida del poeta «lo mismo que en la noche las llamas a lo oscuro», según dice la imagen final. Balsa o isla, en efecto,

de un buscado sosiego, Mallorca es para el poeta, por un momento, el emblema de una armónica relación del hombre con la tierra.

Volvemos nuevamente al Egeo en la palabra del portugués Eugénio de Andrade (1923-2005), a través de uno de los poemas de su ciclo último, perteneciente al libro *Rozando el decir* (1992). En ese libro resuenan, entre otros autores, Homero y Platón, según confesión del propio poeta, y es en «Hidra» donde, a través de la imagen mítica de Ulises, se rinde homenaje a la tradición cultural griega, que es lo mismo que decir la raíz más profunda de la cultura de Occidente. Digno de notarse es cómo ese homenaje se funde con la sensualidad más viva, y cómo esa sensualidad se funde a su vez con la reflexión sobre la muerte.

Una sensualidad, por otra parte, muy diferente es la de Derek Walcott (1930), cuya obra resulta, casi en su totalidad, inseparable de la geografía y la cultura de las Antillas Menores en las que nació. En su poema, Walcott habla de las islas y formula, de manera simultánea, una propuesta de la experiencia insular fundada en el amor: «Pero las islas pueden solamente existir / Si hemos amado en ellas». La insularidad adquiere aquí, como puede verse, una connotación nueva. Esa connotación va más allá de la «isla-mujer» que encontramos en diferentes voces de la poesía occidental: el poeta habla de un sentimiento que da *existencia* a la isla misma.

Ninguna experiencia de la insularidad es, en rigor, idéntica a otra, por más que existan nexos y elementos comunes. El poeta más joven de la selección, el polaco Adam Zagajewski (1945), también narrador y ensayista, se sirve de las imágenes que envolvían a los viajeros de la Antigüedad para modernizar su signo y hablarnos de su personal encuentro con Sicilia, isla que resume la civilización mediterránea. «Esto es Sicilia», poema recogido en su libro *Tierra del fuego* (1994), se cierra con una imagen ambigua –Sicilia como el «pañuelo de los muertos»–, en la que hay tanto el puro juego de un

alegre símil como el triste pañuelo que enjuga las lágrimas de una vieja civilización y de sus muertos.

De la comparación de todos estos poemas, y también del modo en que ellos mismos dialogan para ofrecer nítidas imágenes de lo que Natália Correia ha llamado la «misteriosofía de la insularidad», se desprende en primer lugar la diversidad con que la condición insular se expresa. Desde la isla como metáfora de la soledad cósmica o como radical misterio, objeto de un deseo con regusto de utopía, hasta el profundo sentimiento insular de la lontananza, o la isla como estado de espíritu; desde la isla como infancia (y la infancia como isla) hasta la exaltación del espacio insular como espacio paradisiaco, o como microcosmos, cuando no como espacio políticamente sojuzgado o, por el contrario, como lugar de la libertad geológica –metáfora de la libertad humana misma–, o desde la isla-madre que es a veces refugio o *axis mundi* del espíritu, o espacio creado por el amor, o lugar del llanto de una civilización (en el que late, al fondo, la isla de los muertos), la insularidad, en efecto, adopta innumerables formas y representaciones. Tal vez su más poderoso elemento conector sea aquel «saber del misterio» que la isla y la condición insular propician, aquella «misteriosofía» que subyace en la imaginación metafórica –en la imaginación poética, en suma– y que viene dada por la capacidad que la isla posee de *metaforizar* toda clase de situaciones humanas bajo la especie de una tierra rodeada de agua por todas partes.

En cuanto a los poemas mismos que aquí se proponen, y a otros muchos que no tienen ahora cabida, nada más apropiado que una bella reflexión de E. R. Curtius en su *Literatura europea y Edad Media latina*: «El dominio de la poesía mundial es una isla encantada como la de Próspero. Cada gran poeta la ensancha».

A. S. R.